

CAPITULO V

VIRREINATO DE BUENOS AIRES.—GERMENES DE DISOLUCIÓN

El contrabando—Necesidad de crear una plaza fuerte en el Atlántico—El Virreinato de Buenos Aires—Síntomas de desmembramiento — Rivalidades preexistentes—Charcas—Córdoba—El Paraguay— La Provincia de Cuyo no fué separatista—La Banda Oriental — La reconquista de Buenos Aires—Repercusión en toda la América española—Habían sido vencidas en las calles de Buenos Aires la España y la Inglaterra a un mismo tiempo—La nueva capital conquistó la hegemonía—Los cambios de gobierno se hacen tumultuariamente en el Cabildo de Buenos Aires con prescindencia de los demás—Las distancias entre las ciudades, otra causa de desasociación—La "tonada" explicada—Defecto de consistencia nacional en la falta de un nombre apropiado para la nueva nación—El Alto Perú queda apartado—El Paraguay—Los indios educados en el odio y desprecio de la raza blanca—El misionero no enseñaba a amar la patria—El abismo que separaba a los blancos de los neófitos de los jesuitas—Las ideas del mundo exterior se detentan en Buenos Aires sin penetrar en el interior—Efectos del odio inculcado a los indios contra la raza blanca—"Fusile usted dos españoles por semana".—Simplicidad y pureza primitiva de la vida salvaje, según Rousseau—Las Cartas Edificantes. Puritanos anacreónticos—Gobierno paternal.

Tiempo es ya, y sobrado, de que concretemos especialmente el estudio a nuestra sociedad, formada con los restos que quedaron unidos, después de la general emancipación de las colonias españolas, y su separación en Estados, ya siguiendo las demarcaciones administrativas de la España, ya como lo dispusieron fatalidades históricas.

El contrabando, aquel enemigo malo, armado como Satanás de todas las astucias del ingenio, para corregir y castigar los abusos y errores económicos de los gobiernos, iba a medias con la Compañía de Contratación de Cádiz, en proveer de mercaderías a las colonias, para repartirse los provechos; y como fuesen aniquilados

los filibusteros con Morgan, en las Antillas, el contrabando hurtó la vuelta a los guarda costas de Panamá y enderezó las proas de sus veleras naves hacia los mares del Sur. Tenían la isla de San Javier a siete leguas de distancia de Buenos Aires "dicen las crónicas" ocupada por los portugueses, muy provista de géneros, para introducir por tierra, hasta llegar a Lima, corte de los Virreyes, y depósito de pastas de plata del mineral de Pasco, como en el camino encontrarían las del Cerro de Potosí.

Este cambio de rutas del comercio aconsejaba a la Corona de España dar frente oficial a sus colonias, hacia el Atlántico, creando una fuerte administración con naves y ejército apercebido, para oponerlo a la hostilidad de los portugueses.

El temor de que los ingleses, que acababan de perder sus posesiones en la América del Norte, intentasen apoderarse de las de España en esta parte del Sud, influían no poco sobre aquella determinación.

"Convenía organizar un gobierno capaz de contener a los portugueses, dice el erudito historiador del Virreinato, don V. Quesada, obrar con celeridad por autoridad propia e independiente del Virrey de Lima, imposibilitado por la distancia para atender con eficacia las fronteras de la Banda Oriental, que era el punto más vulnerable, por ser el más codiciado de los lusitanos" (1).

En 1776, se creó por tanto el Virreinato de Buenos Aires, subordinando a la autoridad del nuevo Virrey las demarcaciones territoriales siguientes:

Provincia de Cuyo, a la falda de los Andes.

La antigua provincia de Córdoba del Tucumán.

La Audiencia de Charcas, o el Alto Perú.

(1) Virreinato del Río de la Plata—1776-1812—por Vicente G. Quesada—1881.

La Capitanía General del Paraguay, incluyendo las misiones jesuíticas.

La Capitanía General de Buenos Aires, que comprendía Santa Fe, Corrientes, Entre Ríos y la Banda Oriental.

Las tierras desiertas de El Chaco del Norte, la Patagonia, Tierra del Fuego e islas del Sur, incluyendo las Malvinas que los ingleses tenían Falkland, donde los franceses habían puesto las Malvinas.

Nada más sencillo al parecer, que hacer un Reino en lo administrativo, de un vasto territorio que la naturaleza misma ha limitado al Oeste por la grande Cordillera de los Andes, cuya arista central cubren nieves eternas, visibles desde el Pacífico de un lado, desde la Pampa del otro. No se borrará así nomás el Cabo de Hornos, ni se cegará el Estrecho de Magallanes hacia el Sur. Los tributarios del majestuoso Río de la Plata hasta tocar con las posesiones portuguesas al Este, y más allá del Desaguadero al Norte, límites de fácil determinación.

Comprende este paño de tierra todos los climas, con ancha exposición al Atlántico para la exportación de los productos de todos los países, cuyos grandes ríos desembocan en el estuario del Plata.

Los habitantes de las diversas regiones ya pobladas parecían ser los mismos españoles blancos y los indios de la raza cobriza que, como dice don Juan de Ulloa, "ver a uno es haberlos visto a todos, desde el Canadá hasta las Pampas".

Sin embargo, de no haber encontrado obstáculo alguno interno para constituirse y funcionar, la creación del Virreinato parece la señal dada no sólo para la dislocación de sus propios elementos componentes, sino para la destrucción de la autoridad española en sus antiguas colonias.

Transportándonos a cuarenta años atrás, mostrarc-

mos en acción aquellos enormes témpanos del deshielo de tan vasto sistema de colonización, entrechocándose los colosales fragmentos que arrastra tras sí la corriente de los sucesos.

Desde el Alto Perú se extendía la raza quichua, indígena, prehistórica, hasta la ciudad de Córdoba, sobre cuyas alturas estuvo el más avanzado *Pucará*, o fortaleza, de la conquista Inca, y a cuyos hijos acostumbraban los vecinos de la ciudad, como lo acreditan las Actas Capitulares de Córdoba, cazar para proveerse de gente de trabajo y *yanaconas*, o sirvientes.

Charcas era una grande ciudad poblada desde el Perú, con sus ínfulas de Corte, su Universidad de materia legal, su Audiencia y su foro; pero más que todo, con las ricas minas de Potosí, cuyos tesoros se difundían por todo el mundo, en pesos fuertes acuñados, proporcionando rentas al Virreinato para sostenerse, pues la Capitanía de Buenos Aires era muy pobre de artículos de exportación hasta entonces, según se ve por cuadros de Aduana de aquella época. Sus hombres de acción, como los doctores de sus universidades, ejercieron grande influencia en el Virreinato, tales como el Jefe de los Patriotas en la Reconquista de Buenos Aires en 1807, como el autor de la primer memoria sobre el Congreso libre y muchos otros de igual influencia y figuración.

El nombre de Virreinato de Buenos Aires, sin embargo, no respondía a sentimiento posible alguno de unión, ni más tarde del patriotismo, tanto en las masas quichuas, que conservan hasta ahora su lengua, como entre los mismos españoles y criollos que formaban la buena sociedad.

Corría riesgo el Alto Perú, de desprenderse al menor sacudimiento, simplemente por falta de adhesión y cohesión orgánica por aquellas causas.

Para Córdoba el cambio debió dejarle impresiones

desagradables. Pequeña ciudad, pues en 1816 cuenta sólo seis mil habitantes, era cabecera de la provincia de Córdoba del Tucumán, que contaba muchos pueblos importantes.

La ciudad de Córdoba era, además, el centro religioso de esta parte de la colonización. Su Universidad fué erigida y regida por los Jesuitas; y las numerosas torres elevadas por el fervor religioso y que embellecen el paisaje todavía, no estaban en proporción en 1819 con el número de sus habitantes. Tocábales una iglesia a cada seiscientos.

Era sede episcopal, tenía Universidad, Seminario Conciliar y Colegio de Monserrat, con muchos conventos y monasterios en cuyos servicios se enrolaban las primeras familias, abriendo los conventos camino a las medianías para elevarse en la consideración por el sacerdocio.

Era, además, por lo mediterráneo, relativamente a Buenos Aires, mal conductor para las ideas nuevas, siendo observación y pesar de don Juan de Ulloa, al visitar las colonias españolas, "que la parte blanca de la sociedad no tome oficio ni ejerza el comercio".

Buenos Aires sin Universidad, hasta después de la Revolución, sin un Colegio hasta poco antes, librados sus habitantes al comercio, debía ser tenido en menos, y mirado como poca cosa en la jerarquía colonial, según la opinión de aquellos tiempos, porque era de reciente data que empezaba a hacerse notable esta ciudad en América, por cierto desembarazo y como degeneración de las ideas coloniales a causa de sus tratos con extranjeros, atraídos a la colonia por el comercio de contrabando; y entre el contrabando, deslizándose las nuevas ideas propaladas en el siglo XVIII.

No obstante los cordones sanitarios establecidos para que no penetrasen por esta finestra falsa los libros puestos al índice, porque desmoralizaban el pueblo, en-

contróse en Mendoza la ilustrada de Robertson, que tan mal trataba a los reyes y frailes españoles, traducida al castellano, hecho ignorado por la Aduana. Examinado el caso, se encontró, que los Curas en toda la extensión de la América eran los ocultadores del contrabando inglés, por el permiso que conservan aún de introducir ornamentos y vasos sagrados sin pagar derechos, y por tanto sin abrirse sus cajones sino en la sacristía; y como los Curas tenían Sotacuras, y sobrinos, el Enemigo Malo hallaba un virgíneo para introducir las obras de Voltaire, Rousseau, y hasta la Enciclopedia de que estaba plagada toda la América y hemos encontrado ejemplares desde la infancia.

Del Paraguay nada diremos. Hasta entonces había dado nombre a estos países, pues Buenos Aires mismo está incluído en el mapa con el nombre de Paraguay. En 1839 tiene la Asunción diez mil habitantes, conservando sus humos de capital. Nunca había obedecido a extraños, ni admitídoles.

En el acto de aflojarse el vínculo colonial, se apartó el Paraguay para no volver a formar parte de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Las Misiones del Paraguay, inspiradas por el sentimiento religioso de los jesuitas, mantenidas aparte del resto de la colonización española, y educadas como en invernáculo por un sistema de experimentación social y comunista, se marchitaron y secaron cuando los vidrios se rompieron, y quedaron expuestas esas plantas a la atmósfera de este mundo sublunar.

La provincia de Cuyo, aunque de origen chileno, no mostró nunca tendencias separatistas, acaso porque la contemplación diaria de la estupenda barrera que la separaba de Chile, obraba sobre el ánimo de sus habitantes, como el más incuestionable argumento en favor de la unión con los otros pueblos de la misma llanura al Oriente.

No sucedió así con la Banda Oriental del Río de la Plata, poblada desde Buenos Aires, de manera que gran parte de escrituras de sus campiñas se conservan en los archivos de esta, por haber sido hechas las concesiones desde este lado. Plaza fortificada, y residencia de españoles peninsulares de nota en la administración, y apostadero de los buques de guerra españoles, Montevideo conservó siempre ese carácter de estación marítima, viéndose por sus calles con más frecuencia que en Buenos Aires oficiales de marina, que por lo general pertenecen a buenas familias y tienen mayor apariencia de cultura que los de tierra. La sociedad culta se conservó por tanto más española, y la campiña asumió bien pronto su carácter indígena.

Cuando la princesa Carlota ofreció la compostura entre la Independencia y la dinastía española, que ofreció Felipe Igualdad entre la República Francesa y los Borbones, Montevideo prestó oídos a la insinuación y pasó a ser portuguesa.

En 1807, la población del Virreinato de Buenos Aires tuvo ocasión de probar por la primera vez su flamante patriotismo. Los vecinos de la ciudad de Buenos Aires, bajo el mando del Capitán de marina, Liniers, francés de origen, vencieron a once mil ingleses de tropas de línea, después de reñido combate, tomando manzana por manzana de la ciudad, reconquistándolas con los patricios, los arribeños y los españoles peninsulares organizados en batallones y tercios de milicias urbanas. Las tropas que guarnecían a Montevideo, las autoridades y el vecindario de la ciudad tuvieron buena parte, contribuyendo con sus fuerzas a producir este grande acontecimiento, pues allí se organizó la Reconquista.

Todavía no se atenúa en América, ni se olvida en Inglaterra, el asombro que causó hecho tan preclaro. El sabio y literato Andrés Bello, de Colombia, residente en Londres por largos años, y en contacto con lo más dis-

tinguido del partido liberal español, decía más tarde en América, que el *Forcing Office* tenía desde entonces por regla habitual usar de deferencia y buena voluntad para con las autoridades argentinas, como un tributo de respeto al denuedo de sus habitantes en la reconquista de Buenos Aires.

La Revolución de la Independencia de la América del Sud quedaba resuelta y consumada en todas las colonias, con la noticia de tan grande hecho, magnificándolo el general inglés Whitelock mismo, para su defensa en la causa que se le siguió y corre impresa, con el ánimo de disimular así y cohonestar la vergüenza de la derrota, como es práctica siempre de los grandes vencidos, hacer más grande todavía al vencedor.

Todo corazón americano respondió con la exclamación del Correggio: ¡ANCHE IO!, no sintiéndose cada uno menos que nadie, con tanta más razón que en Buenos Aires había huído el Virrey Marqués de Sobre Monte; y bastaba eso para creer que los españoles peninsulares nada o poco habían hecho de su parte. Habían sido vencidas, pues, en las calles de Buenos Aires, la España y la Inglaterra a un tiempo. La idea de la emancipación empezó a fermentar en todas las cabezas, y en tres años, lo que va de 1807 a 1810, estuvo incubada casi sin concierto; y sin casi, pues las comunicaciones entre Méjico y Buenos Aires, no habiendo periódicos ni correos, eran punto menos que imposibles.

Esta aseveración no procede de simples deducciones de la lógica, sino de las declaraciones obtenidas de boca de ancianos de Chile, del Perú, de Venezuela y Nueva Granada, quienes la manifestaron al autor durante sus viajes en América.

Otra revolución, empero, se operó en los ánimos, o más bien una serie de revoluciones y de reacciones, dentro del Virreinato mismo de Buenos Aires. La nueva capital en el nombre conquistó esta vez la hegemonía

que Córdoba y la Asunción se disputaban, pues que por tales y tan buenas capitales se tenían. El pueblo de Buenos Aires a su vez, como su fama crecía en el concepto de propios y extraños, se ensorberbecía en demasía, como aquellos que se enriquecen de golpe, y empezó a prescindir de todos los otros pueblos y Cabildos, aun de los de su propia jurisdicción, como Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos, que eran los últimos en saber lo que se tramaba revolucionariamente en Buenos Aires.

Como no había sistema electoral, los cambios de gobiernos tenían que efectuarse tumultuariamente en Cabildo abierto de notables, o bien como los romanos de los últimos tiempos de la República, en que los Italiotes, teniendo derecho de ciudadanía romana no podían votar sino en Roma.

El triunfo, sin embargo, había sido no sólo de porteños, sino de españoles peninsulares, de orientales y de arribeños, llamados así los habitantes de las otras provincias del Virreinato, pues sólo de Montevideo habían venido mil doscientos combatientes.

El Cabildo, en cuya corporación debían predominar naturalmente los peninsulares, pero simplemente por conmemoración del hecho, mandó poner por nombres a las calles los de los Jefes que más se habían distinguido, resultando, como era natural también, la mayor parte españoles. La exaltación revolucionaria los hizo borrar más tarde, dejando a la posteridad la duda de si los americanos resistieron con más encono la dominación inglesa, que no lo intentaron los españoles mismos.

Otra causa de desasociación que podía señalarse desde los comienzos en la organización del Virreinato, provenía de las distancias entre las ciudades de entonces, sin campiñas pobladas, ni aldeas, ni villas intermedias, no habiendo más vehículo que las mulas, pues las

carretas ni las carabelas volaban entonces por la Pampa o por los ríos tranquilos y de lento curso. De ahí ha provenido que se conserven *tonadas* distintas en cada provincia, por el aislamiento secular en que han vivido, como han conservado los norteamericanos la entonación gangosa de los predicadores puritanos.

El *golpeado* de algunas de ellas haciendo vocales graves de que carece la lengua, y ante-esdrújulos como en el inglés, parece provenir de la marcha de la cabalgadura, haciendo acentuar la palabra al asentar el caballo la pata. No la hay de este género en San Juan y Mendoza, por andar a pie en calles las gentes de campo.

“ Fuimos destinados; dice en 1727 el jesuita Gaetano, “ en número de doce, a pasar a las Reducciones del Paraná y Uruguay. Guardamos todavía algunos días, “ a que los indios que debían conducirnos llegasen e “ hicieran las provisiones necesarias para viaje tan largo; porque si exceptuáis dos o tres habitaciones que “ no están muy lejos de Buenos Aires, y una Reducción “ de indios bajo la conducta de los Padres Franciscanos, no se encuentra en todo el camino, que es más “ de doscientas leguas, una sola casa donde poder acogerse en caso de necesidad ”.

Un extraño motivo de desasociación sobrevino con la Independencia. Llamábase el país, bajo el dominio español, el Virreinato de Buenos Aires. ¿Cómo llamarle los del Alto Perú, los del Paraguay, etc., después de dejar de ser Virreinato, República de Buenos Aires? De Maistre notaba este defecto de consistencia nacional en la palabra Estados Unidos. Desde luego, antes de llamarse Virreinato, estos países llamábanse Provincias del Río de la Plata. Cuando pretendieron ser Estado, le agregaron el calificativo Unidas, como las Provincias Unidas de Flandes, tan notablemente conocidas en la historia.

El Alto Perú, no obstante la presencia de sus representantes en el Congreso de Tucumán, quedó como queda en los campos un girón del vestido desgarrado durante la lucha. .

El Paraguay no tuvo ocasión de oír la palabra Independencia, siquiera, ni la gloria de conquistarla. Conquistó gloriosamente, sin embargo, medio siglo después, su muerte, pereciendo todos sus varones por sostener la más extraña, la más salvaje tiranía que haya producido la extravagancia neurótica de un abogado, apoderándose del gobierno de la raza india, que los jesuitas habían preparado para todas las obediencias y sumisiones, bajo la tutela de todos los directores espirituales, morales y políticos, a la vez.

Tomamos de un escritor de la Orden, el siguiente dato histórico:

“Fué en particular, a fin de prevenir el pernicioso efecto del mal ejemplo, que los reyes católicos, a ruego de los misioneros, han prohibido a los españoles y a todos los demás europeos ir a las Reducciones, a menos que en sus viajes la necesidad no les fuerce a ello, no siéndoles ni aun entonces permitido permanecer más de tres días. . . Desde que se veía llegar un europeo, algún indio discreto y prudente se le ponía al lado, a pretexto de acompañarle y hacerle los honores, pero en realidad era para observarlo y para velar de más cerca sobre su conducta” (1).

Son verdaderamente edificantes estas revelaciones auténticas, hechas con alarde por aquellos inocentes varones, que encontraban en efecto, “que las Reducciones más apartadas de la vista y del comercio de los europeos, son aquellas en que se nota más fervor y más inocencia en los neófitos indios”. Ya habían los mismos indios notado su superioridad moral sobre los europeos. “¿Cómo es que nos habéis enseñado, decían ciertos indios de

(1) Muratori *ib. id.* 115.

las misiones mandados a Buenos Aires a trabajar en obras públicas, que tal o cual acción es pecado contra la honradez, cuando nosotros sabemos, a no dudario, que los españoles los cometen!"

Algunos años más tarde, aquellos neófitos de cristianos, de siervos de los jesuitas, que eran en realidad, van a pasar a ser ciudadanos de una República, iguales en derechos con los hijos de esos españoles, con quienes no estuvieron en contacto y a quienes se reputaban superiores en moralidad.

Un lago de sangre será necesario llenar para acercar bajo un pie de igualdad estas dos razas; y muchas víctimas ilustres de la raza blanca caerán antes bajo el cuchillo de la *vendetta* de razas, al grito de mueran los asquerosos, inmundos blancos! "Hijos míos, les había contestado el reverendo padre Miñones a los neófitos, otra cosa no puedo decirles sino que nosotros predicamos a los españoles la misma doctrina que a vosotros. Si los españoles no la observan, ellos darán cuenta al Supremo Juez que les *hará pagar bien caro* su negligencia. En cuanto a vosotros, mostraos fieles en ponerla en práctica, y Dios recompensará vuestra fidelidad, con lo que haréis ver *que tenéis más juicio que los españoles*" (1).

Los salvajes, con más juicio que los europeos civilizados; el indio mejor que el blanco, "porque están separados a semejanza de los habitantes de las campiñas europeas, de los malos cristianos que viven en las ciudades".

Ahora que ha trascurrido apenas un siglo desde que se observaban tales prácticas en las misiones, y que aquellas ejemplares poblaciones se han desparpajado como si el viento hubiese soplado sobre montoncillo de paja, queda por averiguar cuáles han debido ser las consecuencias de este sistema de colonización, bajo otros

(1) Muratori 114.

móviles y con otros fines que los que las sociedades humanas reconocen.

Debe desde luego, observarse que a la tribu errante le falta un sentimiento y un vínculo que es la patria, pues apenas estorba que otra tribu se introduzca en los campos donde ella caza. La sepultura de los padres fijó un día en torno de ella a los hijos, para cuidar sus restos, y de este simple hecho parte la sociedad, según Fustel de Coulanges, y la creación de la familia, las leyes, la religión y la patria, la *cité* o ciudad. Pero la patria no es sólo una extensión de tierra que hemos hecho el patrimonio exclusivo de una familia, tribu, o pueblo, es un sentimiento común a la presente generación, para trasmitirlo a las futuras con el recuerdo, el amor y el vínculo que nos une a lo pasado.

Ya traía el salvaje a la Reducción el desapego a la tierra que agravaron aquellas manumisiones, trasplantes y emigraciones de que dieron ejemplo y modelo los misioneros, y que servirán más tarde para disolver las Reducciones mismas por medio de nuevas traslaciones, y aun haciendo botín de los habitantes en la guerra, como las hormigas asaltan otros hormigueros para apoderarse de las larvas, y hacerse de trabajadoras.

A este desapego a un suelo que no es la patria, sino la misión, se añade, como lo hemos visto, el desafecto natural del conquistado a su dominador, de la raza inferior a la superior, pero reagrado por la educación, obteniendo los misioneros que los indios apenas domesticados se críen y mantengan lejos y separados de los blancos, llamados españoles, con lo que se forma una nación, no ya en la nación, sino fuera de la nación; pero es el colmo de la imprevisión, del orgullo y del espíritu de cuerpo, inculcarle la idea a la raza inferior conquistada, que es mejor y más aceptable a Dios que la de sus amos, y aun constituirlos clandestinamente en espías y centinelas de vista de la perversidad innata del

hombre civilizado; a fin de que no escandalice al inocente salvaje, que Rousseau había hecho por naturaleza bueno, y que los viajeros hallaron en todas partes incorregiblemente perverso.

¡Era este espíritu de despego a la España, es decir, a su nación, efecto del plan que se atribuye a los jesuitas, de preparar pueblos, odios y ejércitos para la soberanía y dominio de las Indias Occidentales? Ni nos sorprendiera este designio en sociedad tan poderosa y disciplinada, con cinco mil miembros reclutados en las familias criollas más ricas e influyentes, desde que hemos visto a la siguiente generación de esos criollos emanciparse sin una organización tan vasta tendida como una red sobre toda la América. Los magos de la Persia, con Zoroastro, los faraones egipcios de raza sacerdotal, la supremacía y soberanía laica secular del pasado están diciendo que tales hechos son casi inevitables en la sucesión de los tiempos.

Consideramos suspicaz el extracto de los reglamentos dados por diversos jefes de misiones organizando milicia, haciendo obligatorios los ejercicios militares, recogiendo las armas, creando intendencias, arsenales, y mandando fabricar pólvora. La proximidad de los portugueses mamelucos justificaba en demasía estas medidas. Un proceso natural del espíritu había de producir en el jefe soberano absoluto de grandes poblaciones de indios un poco de despego a la jerarquía de otro soberano lejano, cuya autoridad delega en subalternos.

Todos estos son accidentes. El misionero no enseñaba a amar la patria, porque él no la tiene. El jesuita tiene un soberano, la orden a que pertenece; un rey absoluto en el que está en la Casa Grande de Roma, superior al Rey, el igual al Papa o el órgano jerárquico para recibir sus órdenes. La patria del sacerdote cristiano está en el cielo. Los jesuitas, los misioneros que dirigen las misiones no son precisamente españoles, ni

americanos, son jesuitas, de todas las naciones, mandados desde Roma a catequizar neófitos.

El Padre Gaetano, italiano, vino a Buenos Aires enviado a las misiones por sus superiores, y de él tenemos en tres de sus cartas a sus hermanos que publica el traductor de Muratori, las curiosas revelaciones que preceden.

He aquí, pues, uno de los fenómenos sociales más extraños que haya presentado el mundo moderno. Una nación sin patria. La Compañía de Jesús ejerció la mayor influencia sobre el espíritu de los hispano-americanos, pero sobre los indios de las Misiones, Paraguay, Corrientes y Banda Oriental fué suprema.

De ahí vienen las desmembraciones, la federación, la montonera, los caudillos de jinetes, la destrucción de las misiones mismas, hechos buena presa los habitantes en las guerras, robados, arreados, trasportados de un punto a otro, del país español al país portugués como ganado, como mercadería, propiedad, o cosa. "Los indios a su turno, libres al fin de sus superiores, libres de ser buenos o de parecerlo, bajo el ojo del vigilante teatino, libres de mentir a toda hora de ser inocentes, libres ahora de dejar salir de su boca juramentos e imprecaciones y palabras injuriosas e indecentes, como los europeos y sus hijos, "que no se contienen mucho en este punto, como en muchos otros, en presencia de los indios los cuales saben, al decir del padre Gaetano, pre- servarse con el auxilio de la gracia divina, del contagio del mal ejemplo."

Razón tenía, pues, Gervinius el historiador del siglo XIX, de señalar " el vasto abismo que separaba en esta " América a los campeones de la libertad, generalmen- " te hombres instruídos, de la masa de los indios y aún " de la gran multitud de los criollos (mestizos y cam- " pesinos que estaba encadenada por el temor que le " inspiraban el Rey y la Iglesia. Una grande excisión

“ desunió a toda la sociedad, a la cual vino a agregarse
 “ el odio que separaba a las castas y las razas, a las tri-
 “ bus y las clases, y además aquellos celos envidiosos
 “ de las diferentes localidades (engendrados por la
 “ distancia), que fermentaban con más violencia que
 “ las que hemos notado en España misma ” (1).

Causas semejantes de desorganización encerraba el Virreinato. Las ideas nuevas que agitaban al mundo, con escasa y limitada difusión en sus lenguas originales llegaban y se detenían en Buenos Aires, la ciudad hija del comercio y del movimiento externo. Anteriores capitales se disputaban la supremacía que dá el tiempo y las ideas dominantes, de hidalguía hereditaria, de saber universitario, de jerarquía religiosa. Las indiadas están tranquilas como los mares antes de la tempestad, el espíritu de las Misiones sopla sobre una grande extensión del territorio guaraní y pondrá en movimiento por emanciparse a las razas indígenas, cuando los blancos traten de hacerse independientes de la corona de España para formar naciones nuevas; y la historia no sabrá clasificar fácilmente hechos que todos tienen una misma forma exterior: la guerra. Pero ¿qué es en realidad la guerra contra la guerra o la guerra en la guerra?

Los documentos públicos, las solicitudes de la misma Compañía al Rey no dejan lugar a discusión, ni a denegaciones.

“ Pero lo que merece todavía más la atención de Su
 “ Majestad, dice el Padre Aguilar en un Memorial di-
 “ rigido al Rey Felipe V, es que si permitiese a *los es-*
 “ *pañoles* tratar inmediatamente con los indios, éstos
 “ recibirían un daño irreparable con el mal ejemplo de
 “ aquellos, ejemplos absolutamente contrarios a las bue-
 “ nas costumbres y a las santas leyes del cristianismo.
 “ A más de que los españoles de que hablo no dejarían
 “ de sembrar en las Reducciones anáximas perniciosas

(1) Gervinius, Histoire du XIX Siècle T. IV.

“ contra los Ministros de la Religión, a fuerza de vejar
 “ y engañar a los indios los harían perversos y falaces.
 “ No hay nada que no hagan por atraerlos a las ciuda-
 “ des españolas (las ciudades de europeos). Alientan a
 “ los maridos a abandonar a sus mujeres, a los hijos a
 “ separarse de sus padres; los roban cuando pueden,
 “ y se llevan consigo personas de toda edad y de todo
 “ sexo ”.

“ Ojalá, exclama el Santo Varón, que Dios no nos
 “ hubiese mostrado de cuanto son capaces los *español-*
 “ *les* ”; es decir los cristianos, los blancos, los civili-
 zados, ya que son capaces de inducir a indios jóvenes a
 seguirlos mediante salario a las poblaciones cristianas,
 tengan padres o no, pues los europeos, y aún los jesui-
 tas dejaron también sus padres en Europa para venir
 a América a cultivar la viña del Señor!

“ Fué para prevenir estos abusos que se prohibió a
 “ los *españoles* (los blancos)... cuando pasan por al-
 “ guna Reducción de morar en ella por largo tiempo ”

El Padre Aguilar, dice Muratori que cita largamente
 aquel documento, añade lo que *tantas veces hemos di-*
cho antes, y lo que se encuentra confirmado por las afir-
 maciones más auténticas de Obispos y Gobernadores,
impresas en Madrid, a saber: “ que la comunicación
 con los españoles (blancos) es una peste contagiosa. Si
 alguna nación infiel frecuenta a los españoles, (la raza
 blanca), es casi imposible convertirlos, como se ha ex-
 perimentado en todas las provincias. Lisonjearse de ha-
 cer abrazar la verdadera religión a los *Payaguas*, en el
 Paraguay, a los *Charrúas*, a los *Calchaquíes*, a los *Abi-*
pones, del lado de Corrientes, y de Santa Fe, a los *Pam-*
pas, a los *Minuanos* del lado de Buenos Aires (Banda
 Oriental), a otros Pampas establecidos en los alrededo-
 res de Córdoba, es como prometerse la conversión de los
 judíos ”.

Cuando aquellos mismos indios minuanos y charrúas

fueron armados en las campañas de Montevideo para hacer cruda guerra y emanciparse de esos *españoles* contra quienes había inculcado tanto desprecio una raza *clase-neutra* como las hormigas trabajadoras, el Macabeo de la insurrección daba esta orden a un jefe minuano encargado del gobierno de una ciudad de *españoles*:

“ Fusile usted dos *españoles* por semana; sino hubiese *españoles* europeos, fusile dos porteños (los blancos), y si no hubiera, cualesquiera otros en su lugar a fin de conservar la moral... ” (de los indígenas misioneros en armas!)

Oh! De esas aguas vinieron estos lodos!

Bastaba el instinto de raza, la protesta del sometido, el odio del salvaje contra el hombre civilizado, sin necesidad de azuzar por la educación estas malas pasiones, sin elevarlas por la predicación, el ejemplo y las leyes a virtudes cristianas y principios sociales, como lo hicieron los jesuitas socialistas, pues socialistas eran por espíritu de propaganda religiosa, y por orgullo y alucinación de innovadores. *Español*, repetido cien veces en el sentido odioso de impío, inmoral, raptor, embaucador, es sinónimo de civilización, de la tradición europea, traída por ellos a estos países, hasta que ellos mismos y por su propia ignorancia, llaman en su auxilio a convertir a los indios una compañía de todas naciones, sin patria ni sumisión política a nadie, a hacer ensayo *in anima vili* de nuevos sistemas sociales, que tienen por base el confesonario, la delación, el espionaje, y la tutela ejercida sobre pueblos, en los mismos términos que la ejerce el padre sobre sus hijos menores. El indio era un menor, cualquiera que fuese su edad, “ porque la excesiva simplicidad de los indios no permite, habla el Padre Aguilár, dejarles hacer ningún contrato, sin la participación del Procurador de los misioneros, pues que cuando han sido abandonados a sí mismos, han sido cien y cien veces engañados por los *españoles* (los

blancos, los americanos), que teniendo que habérselas con *gentes pobres*, y poco instruídas del valor de cada cosa, les daban un peso y aún menos por lo que vale diez e doce. Los *españoles* se holgarían mucho de *ir a las reducciones* ". Sigue la exposición de los males del comercio directo, y añade el Padre Aguilar, " es comercio inieuo y peligroso el que los jesuitas han querido prohibir como *padres y como tutores de los pueblos* que han sido confiados a su guarda ".

" Creen que tales son las intenciones de Vuestra Majestad. Los que piden el comercio son los indios (de las reducciones que ocupaban lo que hoy son tres Repúblicas), son hombres que abusarían sin escrúpulo de la *simplicidad de los indios* "...

El doctor Francia cortó el mal por la raíz, cerrando las puertas del Paraguay bajo la pena de la vida o prisión perpetua al descendiente de español y porteño que intentase penetrar, (el odio era común a los blancos), y monopolizando el Estado la exportación de la yerba mate, casi el único producto del Paraguay, y que compraba a precios oficiales a los habitantes.

Ni paran aquí estas extrañas innovaciones.

Tuvieron en Europa misma sus sostenedores, y los que no querrán confesar que el doctor Francia, colono español, había empapádose en las doctrinas sociales jesuíticas, se sorprenderán más todavía al saber que en Francia en el siglo XVIII, tuvieron en Juan Jacobo Rousseau su más ardiente apóstol, en la famosa Memoria que presentó a la *Academia de Dijon*, abogando contra la civilización y aconsejando volver a la *simplicidad* y pureza primitiva de los pueblos salvajes.

Circulaban por entonces en Europa las famosas *Cartas Edificantes*, aquel reclamo de colonizadores, para embellecer y magnificar su obra, con descripciones de la vida pastoril, que se encuentran en Teócrita y en los poetas arcádicos, y que Cervantes había ya descrito en

su inmortal plática con los cabreros sobre la edad de Oro, donde no se conocía la palabra tuyo ni mío; y no se olvide que los jesuitas son españoles de origen, de ideas, y en colonización quijotesco como su maestro. Aquellos puritanos anacreónticos, eran un miraje seductor que alucinaba espíritus febriles como el de Rousseau. El Memorial del Padre Guevara había sido publicado en español y traducido a todas las lenguas. Los informes de Gobernadores y Obispos que confirmaban sus asertos habían sido impresos en *Madrid*, y la obra de Muratori, del célebre Muratori, fué escrita en italiano, traducida al francés, y publicada en MDCCLVII, en la librería de la viuda Bordelet, calle de San Jacques, "*vis a vis du Collège des Jésuites à Paris*". No es aventurado inferir que los jesuitas de París tenían *vis a vis* de su colegio, su imprenta de *propaganda fide* y que Rousseau haya leído las Cartas Edificantes. El Memorial del Padre Guevara, cuyas conclusiones adoptó Felipe V, las atestaciones de Gobernadores y Obispos, y la obra de Muratori "*Relation des Missions du Paraguay, traduite de l'Italien de M. Muratori*", "habiendo Muratori, lejos de trabajar sobre las Memorias de los jesuitas, como podría objetársele, recibido sus datos del Príncipe de San Bueno, que había sido Virrey del Perú, y por tanto sabedor de lo que pasaba en las colonias españolas, y se hizo un placer en comunicar a Muratori las luces que necesitaba para componer esta obra", al decir del traductor al francés que no se nombra, y que por su oportuna modestia, sospechamos que es un padre de la casa frente a frente de la librería editora, de la viuda, pues trae al fin las cartas del misionero Gaetano.

El *Contrato social* está fundado en la teoría de la bondad innata del hombre y de la corruptora influencia de la civilización.

" El hombre nace libre, dice, y por todas partes se

le encuentra aherrojado". La idea de igualdad de su teoría parte del mismo principio, y la preponderancia y autoridad tutelar, protectora y directiva que da al Estado, es la traducción apenas modificada del gobierno paternal de los célebres misioneros jesuitas, a quienes combatía Voltaire, su discípulo.

Muchas traducciones ha tenido aquella teoría popular desechada con horror de las Memorias de Dijon en 1770, adoptada en la segunda parte de la Revolución francesa con Saint Just, Robespierre y la guillotina; y corregida y aumentada en el Paraguay por el doctor Francia en cuanto a comercio, cerrándolo absolutamente para que no se corrompa y pervierta la simplicidad de sus siervos.

En la América del Sur, y sobre todo en el terreno mismo de la colonización de los jesuitas, han debido igualmente sentirse los efectos sociales de las doctrinas que sirvieran de base a las misiones, a saber—tutela gubernativa—trabajo común—odio a los blancos—incomunicación comercial—aislamiento por razas—sumisión y obediencia de menores. Los tiempos es acercan y luego habremos de mostrar los resultados en la historia y en la fusión de las razas, quizá en las instituciones que se darán definitivamente a los pueblos sud-americanos. De ahí partió la disolución del Virreinato, al refundirse las misiones en la masa española, que quería hacer una nación constituída de lo que fué Virreinato de Buenos Aires.
